

luminosa de gran caballero y político consumado: una de aquellas cosas que pensaba y hacía él sólo, el valiente y profundo Manuel Filiberto.

Solo que, pocos días después, vino á turbar la alegría que aquellos sucesos produjeron, el anuncio de la grave enfermedad de Margarita de Valois y del Príncipe. Todos quedaron aterrados. Si moría aquel hijo único del Duque, el Piamonte correspondía por derecho á los Príncipes de Saboya-Nemours, medio franceses, por no decir franceses de piés á cabeza. Y esto no lo consentiría nunca España.

—¡Lo cual quiere decir—exclamaba el notario con calor—que caeremos de Francia en España: (y miraba alrededor por si descubria la sombra de Benavides) de la sartén al fuego: del purgatorio al infierno! ¡Buena suerte ha cabido á esta pobre Pinerolo!

Y permanecía un instante de pié, con los brazos cruzados, delante de la hija, que tenía la barba contra el pecho.

El príncipe curó porque Dios quiso; pero la pública alegría quedó inmediatamente sofocada por el anuncio de la muerte de la Duquesa. La muchacha se afigió sinceramente. Se supo que en el séquito del Duque en Lyon, nadie tuvo el valor de anunciarle

de pronto aquella desventura, y que cuando la supo, quedó como herido por el rayo.

—Dios quiere probarlo de todos modos,—decía Evelina—pero él tendrá fuerzas para vencer el dolor.

Mientras tanto, la noticia de que Manuel Filiberto volviendo de Lyon, había dejado sus 50.000 soldados al Rey de Francia, vino á reanimar todavía más, la esperanza vivísima de los pineroleses.

Pero aquel bendito notario Lombriasco era un agorero implacable. La misma noche, en el instante mismo en que anunciaba en casa aquel acto caballeresco y sagaz del Duque de Saboya, daba también, restregándose las manos, el *feliz* anuncio de que el pleito de Benavides con la familia Mortier ó Mornier había acabado y que su noble cliente se había despedido para mediados del mes, de su alojamiento de la calle Puerta de Francia.

\*  
\* \*

A la semana siguiente, nevaba al oscurecer de un triste día de Diciembre. El comedor del notario estaba alumbrado á medias por una alta lámpara colocada sobre un velador, alrededor del cual la señora y la muchacha hacían flecos. Benavides, un poco separado, esperaba hacía algunos minutos al Sr. Lombriasco, mirando atentamente á Evelina que de algun tiempo le parecía cambiada.

Los tres se esforzaban singularmente aquella noche, por encontrar palabras y materia de conversacion; de vez en cuando callaban por algunos momentos, durante los cuales no se oía en la habitacion, más que el ligero rechinar de las grandes botas de gamuza del catalán, no tan estatuariamente inmóvil como de ordinario.

De repente se abrió la puerta y apareció jadeante el notario, con una noticia solemne impresa en el rostro.

—¡Pinerolo ha sido devuelto al Duque!— gritó

levantando los brazos. Evelina lanzó un grito del alma y se arrojó de un salto á su cuello.

—Y el Duque...—añadió el padre que apenas podía respirar, poniendo una mano en el hombro de su hija y hablándola junto á su cara.—El Duque....

—¿Viene?—gritó Evelina.

—¡Viene!—gritó el viejo arrojando su sombrero, que fué á caer sobre una silla.

La muchacha púsose á reir; despues permaneció sería un momento; luego rió de nuevo y por fin prorrumpió en violentos sollozos y cayó de rodillas ante su madre, en cuyo seno escondió su cara.

Hubo un momento en que nadie habló. No se oía más que la asmática respiracion del viejo y los sollozos sofocados de Evelina, á quien su madre acariciaba las trenzas y los hombros. Despues, mientras Benavides, de pié, conmovido, envolvía con la mirada á la muchacha, noble y grande en aquel gesto abandonado de mujer hermosa y linda niña y buscaba inútilmente una palabra que pudiera decirle, entre las mil que la hubiera querido decir; el triunfante señor Juan Bautista Lombriasco, olvidándose por vez primera del respeto debido al huésped, se puso á pasear á lo largo y á lo ancho de la habitacion, gesticulando y declamando.

—¡Ah, por fin!... ¡Ha llegado al cabo, el ben-

dito día! Somos libres, y somos piamonteses; estamos en nuestra casa, somos gente de este mundo ahora. Les veremos partir alguna vez. Hemos acabado de oír sonar las espuelas francesas sobre las baldosas de la Plaza de San Donato. ¡Y no puede decirse que no era todavía tiempo por el alma... del bienaventurado Amadeo! ¡Debeis saber que hacía treinta y seis años que duraba la comedia! Podemos decir que hemos visto pasar en estos cuatro días, caras antipáticas de Gobernadores y Senescales, y de *saca-dineros* de todos colores, que el diablo se lleve. ¿Y aquel general Vassé que tenía un pino de los Alpes en el cuerpo? ¿Y el señor Cárlos de Cossé, señor de Brissal que tenía aire de mirar desde la cima del Monviso? ¿Y aquel famoso Rey de torneo, aquel gran jugador de pelota que nos honró con su visita, con el cinturón de su bella sobre el pecho, aquel querido *Henri deux* que se desmayaba y no quería oír hablar de miseria? ¿Y el Duque de Nevers, á quien Dios bendiga con una barra de hierro, el excelentísimo señor Luis de Gonzaga, Duque de Nevers, gobernador del Marquesado de Saluzzo, de Pinerolo y Savigliano, que amenazó con cortarse la cabeza si el Rey de Francia devolvía la torre al Duque? ¡Esperemos que mantenga ahora su palabra de

caballero honrado, como siempre se glorió de serlo! ¡Ah, ah! *Ce n'est pas un Conseil decent.* ¡Bribones! ¡A qué estado nos habian reducido!

Después, volviéndose solemnemente hácia Benavides que había intentado en vano interrumpirlo, y hácia la muchacha que se había puesto en pié, colorada y radiante, concluyó:

—Su Majestad Enrique III, Rey de Francia y de Polonia, ha restituido á su Alteza el Duque de Saboya, la ciudad de Pinerolo, Savigliano y Perosa, con sus preeminencias, jurisdicciones y dependencias. El tratado ha sido concluido en Turin, ayer por la mañana. Mañana se reúne el Consejo de los Ciento. Nuestro amadísimo y gloriosísimo Duque Manuel Filiberto de Saboya, espugador de Torneaux, vencedor de San Quintin, y libertador del Piamonte, hará su solemne entrada en Pinerolo el día primero de Enero de 1575. ¡Gracias al Altísimo! ¡Yo no esperaba tener este santo consuelo ántes de morir!

Y aquella noche misma, el caballero Enrique de Benavides, alquilaba por otros quince días su pequeño alojamiento de la calle Puerta de Francia.



A la mañana siguiente, 16 de Diciembre, amaneció un tiempo seco y sereno y los Alpes, nevados, se destacaban del limpidísimo cielo azul que parecía de primavera.

Bullía Pinerolo.

La gente se apiñaba en la plaza de San Donato y en la calle de los Plateros, tiritando de frío, alegre, confundiendo los humeantes alientos en mil rápidos diálogos interrumpidos por apretones de manos y joviales saludos.

Una muchedumbre se había reunido desde el alba ante una casa de la calle de la Catedral, á que daban guardia arcabuceros del municipio, y en la cual se encontraba Juan Antonio de Toni, Conde de Piossasco, nombrado dos días antes gobernador de Pinerolo, y llegado de Turin la noche anterior. El Consejo de Ciento debía reunirse en el refectorio del Convento de hermanos menores de San Francisco, en la calle de Plateros.

Los consejeros llegaban de todas partes, á parejas, en grupos, envueltos en sus capas, calado el sombrero hasta las orejas, apretando el paso, brillantes de alegría, y todos se apiñaban á su paso, descubriéndose la cabeza y tendiendo la mano.

Muchos campesinos habían llegado del campo, débiles y heridos, pero de buen humor, consolados con la esperanza de alegre porvenir. A medio día, el Consejo se hallaba reunido bajo la presidencia de los Alcaldes Juan Da Prato y Jorge Bonardi. Hallábanse presentes el Conde de Piossasco, representante del Duque de Saboya, el Ayudante general del Duque de Nevers, y el señor Servient, Consejero y Secretario de Estado del Rey de Francia.

La muchedumbre, que ninguna fuerza pudo contener, había penetrado en el refectorio y llenaba todos los ángulos, apretándose sin el menor ruido, contra las paredes blancas del amplio salon desnudo. Trás las vidrieras de las ventanas, trás las cabezas de los Consejeros, en los huecos de las puertas, se amontonaban, unos sobre otros, grandes sombreros de arcabuceros, birretes de seda de los Señores, escapularios de hermanos, penachos de oficiales franceses, rostros pálidos é inmóviles, que no tenían de vivos más que los ojos.

En medio de profundo silencio, fueron entregadas al secretario las régias patentes, selladas por el Rey de Francia. El viejo Secretario, Notario del Ayuntamiento, examinó rápidamente los sellos según la prescripción: sus manos temblaban: el pergamino se le escapó dos veces. La reunión parecía sofocada por la emoción: ¡era casi medio siglo de dominación extranjera, de envilecimiento, de tristeza y miseria, lo que iba á terminar en aquel momento!

Por fin, rompiéronse los sellos; una voz alta y trémula, leyó el acta solemne, por la cual Enrique III "por la plena confianza que tenía en la amistad que le demostraba su tío, el Conde de Saboya y por el deseo que él tenía de contentarlo," ordenaba la restitución de Pinerolo, de Savigliano y de Perosa, librando á los oficiales de las tres tierras del juramento de fidelidad al Rey de Francia.

Una sonora exclamación, á la que hizo eco la muchedumbre de la calle, siguió á las últimas palabras. Los consejeros se abrazaron: cien rostros se inundaron de lágrimas.

En medio de febril agitación fué firmada el acta de restitución al *Serenissimo domino Emmanuelli Philiberto, Duci Sabaudiae, Principi Pedemontium, et*

*principi nostro vero, naturali, optatissimo.* Otro altísimo viva hizo temblar el edificio, el Consejo se disolvió, los consejeros que salieron á la calle fueron rodeados, abrazados, llevados casi por la multitud á la plaza de San Donato.

Una alegría franca y ruidosa, como de gente rejuvenecida, se esparcía por todos lados, reanimada aun por aquel hermoso sol, por aquel cielo terso, que parecía la promesa y el principio de una larga era serena y tranquila.

Pero no obstante aquel gozo que dominaba á todos los demás sentimientos en el alma, muchos al pasar, volvíanse á mirar la cara de una señorita alta y esbelta, que llevaba con admirable gracia un alto sombrero cómico, adornado con cordoncillos de oro y cintas de seda, apoyándose en el brazo de su padre.

Y más que todos, la miraba siguiéndola á quince pasos de distancia, Enrique de Benavides, que también atraía muchas miradas de mujer con su bella elegancia de coloso y la gruesa joya de su sombrero empenachado. No perdía él un solo movimiento de aquellos hombros preciosos y aquellos hermosos brazos sueltos, ocultos en ancha manga abrochada en la muñeca.

Por aquellos movimientos ligerísimos, adivinaba la

respiracion afanosa, el precipitado palpitar de su corazon, una alegría violenta y comprimida que brillaba quizás en bellísimas lágrimas mudas, por nadie vistas.

\*  
\* \*

—¡Pobre niña!—iba diciendo entre sí, perdiéndola de vista y volviéndola á encontrar á veces entre el vaivén de la gente.—¡Se ha realizado el noble sueño de tu vida; goza, sé feliz! En todos estos, el amor de patria oculta un interés, ¿qué se yo? una esperanza; en tí sola, es puro como el aire de tus montañas. Todo el gozo de esta multitud, no vale una pulsacion de esa graciosa sangre que colorea tu cuello en este instante. Sé feliz. Tal vez volverán para tu país los días tristes: nuevos extranjeros, nuevas miserias y servidumbres más largas y más duras, quizá; pero tú no piensas en eso, pobre muchacha; tu corazon se entrega por completo á la alegría presente y ve un porvenir interminable de independencia y paz. Anda, hermosa y buena criatura; vuelve á tu modesta casita, á abrir tu bella alma llena de tesoros, ante la imagen de tu Dios y de tu Príncipes que de seguro no recibirán de esta tierra un homenaje más noble y más santo que el tuyo.

Y así pensando, mientras la muchacha desaparecía al volver la calle Puerta de Francia, él adelantó ligeramente la cara, apretando los labios, y aquel beso mudo se perdió entre la muchedumbre, como flor invisible atrastrada por las aguas de un torrente.

\*  
\* \*

De aquel día en adelante, Pinerolo tuvo una animación como jamás había tenido desde tiempo de los Príncipes de Acaia.

Los soldados del Rey dejaban la ciudad día por días, á veces un batallón entero. Muchas familias francesas se marchaban. Llegaban oficiales y enviados del gobierno de Turin. Grupos de curiosos acudían de los alrededores. El gobernador, Conde de Piosasco, se había dedicado desde el primer momento á ordenar la milicia provincial instituida por Manuel Filiberto. El Consejo de los veinticinco, se reunía diariamente para organizar las fiestas.

El tiempo apremiaba. Habían ya llegado los ugières de la corte. La ciudad hubiera querido hacer grandes cosas: superar á Vexulli que había levantado al paso del Duque cinco arcos de triunfo y cien estátuas. Pero faltaba el dinero y las horas estaban contadas.

Decidióse que el Consejo en masa, la milicia, los

arcabuceros, los personajes principales de la ciudad salieran á Belvedere á recibir al Duque. El palacio de los Acaia fué adornado con alfombras y tapices. El consejo mandó construir un gran pálio con franjas que debía ser llevado por seis nobles; ordenó vestidos á propósito para los alcaldes, capitanes, palafreneros y guardias; hizo preparar centenares de banderas saboyanas: todo ello debía ser de luto por la muerte de la Duquesa Margarita.

La ciudad estaba revuelta. Nacían acalorados litigios por la representación y por los puestos de recibimiento; por todos lados se trabajaba en preparar estandartes, colgaduras, guirnaldas, coronas; cuanta, flores fué posible encontrar en aquella estación en los alrededores de la ciudad, en los valles, ó en las montañas, la rosa de Bengala, los eliotropos de invierno, las violetas, los cabellos de Vénus, el noble laurel, la yedra, el acebo, ramos de pino selvático de Taluco y Cumiana, todo fué buscado ansiosamente, disputado, pagado, y centenares de manos blancas se fatigaban en entrelazar y coser, mientras por las calles, llenas de insólito rumor, iban y venían consejeros, obreros, arcabuceros, milicianos provinciales, todavía medio vestidos de paisanos, campesinos cargados de fardos de leña para las hogueras de alegría, procesiones de muchachos con la escarapela

de los colores de Saboya; y dominando aquel inmenso estrépito, se levantaba la voz aguda del pregonero del Municipio para anunciar entre otras cien cosas, "que nadie había de salir al encuentro de su Alteza á caballo, salvo los que serían designados y avisados, bajo pena de veinticinco escudos."

Eran días tumultuosos, febriles y felices, ya se comprende. No era solo un capitán poderoso y afortunado que había llenado Europa con su nombre, no era solamente el vencedor de San Quintin el que debía entrar en Pinerolo; no era un Monarca sábio y benéfico que había cumplido con maravillosa perseverancia, en treinta años de fatiga y de peligros la obra gigantesca de la reconstitucion de sus Estados; que había restaurado su casa, dado una nueva juventud, abierto nueva era de inmensas esperanzas á su pueblo, mientras las otras provincias de Italia, como envejecidas y torpemente encerradas en sí mismas, parecía que no pensaban en el porvenir; era un Príncipe que entraba en la ciudad, tanto tiempo descada y por la cual había, dura y admirablemente puesto á prueba su constancia y su ingénio. Y llegaba á los cuarenta y seis años, en el colmo de su fuerza y de su gloria y más venerable y sagrado por el inmenso dolor que acababa de sufrir.





Aquella armónica cabeza del primo, con su nariz remangada, encontraba que el Consejo "hacía demasiado;" que todo aquel derroche de "dinero público" hubiera sido apenas justificable, en el caso de que, con Pinerolo y Savigliano hubiera sido devuelta también Saluzzo; pero no se cuidaba tampoco de agujonear á la muchacha, tan indiferente la encontraba hacía tiempo á cuanto la decía. Unicamente había adoptado para cuando se hablaba de las fiestas una sonrisa ligeramente compasiva que procuraba meter por los ojos.

Evelina, de vez en cuando, notaba dentro de sí, ímpetus de inmensa alegría. La proposición que uno de los veinticinco había hecho, y el Consejo aprobado, de mandar al encuentro del Duque doscientos niños—*dosciento putti*—con una bandera cada cual y cantando á coro á media voz una canción patriótica, en la que se perci-

biera profundo eco de dolor por la muerte de Margarita de Valois; aquella idea de enviar delante el canto de la infancia á consolar el dolor de un héroe, le parecía divina: se enternecía pensando en ella. Hubiera querido peinar, arreglar ella sola á aquellos muchachos, ponerlos en fila y guiarlos ella misma al encuentro de Manuel Filiberto.

No pudiendo hacer otra cosa, preparaba una ancha colgadura azul para estenderla sobre la barandilla del balcón, con las palabras *San Quintin*, bordadas en grandes caracteres blancos. Había ordenado el laurel para hacer coronas. El balcón estaba en el primer piso, en el ángulo de la calle de la Catedral, donde la calle desemboca en la plaza, á mano izquierda de quien va hacía San Donato.

Sabíase que el Duque, para ir hasta la calle de los Plateros, donde estaba el palacio de los Acaia, debía pasar por allí. Podía Evelina verlo de cerca: cada vez que este pensamiento acudía á su mente de improviso, la sangre le daba una sacudida, su inteligencia se turbaba. Tenía necesidad de moverse, de abrir las ventadas, de sentir el ruido, de hablar, de cantar.

Después volvía de nuevo con más ardor al trabajo. Pero de vez en cuando—muy á menudo—una profunda tristeza invadía de repente violentamente su alma como una mano que la oprímiese el corazón. Entonces dejaba caer la colgadura azul sobre el pavimento y permanecía con las manos inertes sobre las rodillas y los ojos fijos en la puerta durante mucho tiempo.

Los negocios de Benavides se habían arreglado; después de la entrada del Duque, debía volver á Cataluña; difería su partida, solo por ver, después de diez y siete años, á su glorioso general de San Quintín, quizás por última vez; al día siguiente se marcharía y ella ya no volvería á verle más, de seguro. Entonces todo habría terminado. ¿Todo? ¿El qué? Nada. Un sueño. Méenos que un sueño. Entonces sentía un nudo de llanto en el alma.

¡Era él tan noble de aspecto y de corazón, tan respetable en aquella su austera tristeza por la muerte de su madre y debía ocultar tan grandes tesoros de bondad bajo aquella taciturna apariencia, que daba tanta dignidad á su varonil belleza! ¡Cuán profunda y generosa debía ser en él la amistad y cuán grande y hermoso el amor! ¡Y qué dulces, ardientes y poderosas palabras

debían salir de su corazón, cuando un ímpetu de pasión y de ternura le movía!

No, ella no había encontrado jamás en su vida, alma tan noble y tan bella. ¡Y partía sin haberle dado nunca una señal de afecto ó de amistad! Era sin duda muy pobre cosa para él. Efectivamente, la hubiera mirado con ojos distintos, la hubiera tal vez amado poco á poco, si no fuera de condición tan inferior á la suya. ¡Ella hubiera sabido hacerse amar! Dentro de su alma no se sentía absolutamente nada indigna de él. ¡Oh! El debía haberla adivinado. ¿Cómo no la había adivinado, cómo no había nacido en su corazón, en tanto tiempo; un sentimiento algo más vivo que aquella simple benevolencia cortés? Algunas veces repasando su memoria, le parecía haber visto en ciertos momentos en su mirada, de haber escuchado en su voz, no se qué insólito, un relámpago, un fugitivo temblor como la expresión involuntaria é instantánea de un sentimiento amoroso.

Pero, así como fijándose intensamente con la mirada en los caracteres menudos de escritura microscópica, acaba por no verse más que el blanco del papel, Evelina, enfrascándose en la profunda meditación de aquellos pequesísimos detalles, ter-

minaba por no encontrarles valor alguno y creia firmemente haberse equivocado,

¡Ah! ¡Cómo hubiera sabido amarle, consolarle, penetrar en su alma, atar una por una todas las fibras de su corazon á las del corazon de Benavides! Su razon se ofuscaba al pensar en el placer, en la embriaguez de ser amada, estrechada contra aquella ropilla de seda, llamada por su nombre al oido por aquella voz profunda y mórbida, acariciada por aquella hermosa mano atlética de noble perfecto y de soldado valiente. ¡Ah! ¡Tan gran felicidad no podía ser para ella, bien lo comprendía!

Y partía solo y melancólico para lejano país, para volver á la casa abandonada y triste donde ya no estaba su madre para darle la bienvenida y besarle la frente. No estaría, sin embargo largo tiempo solo; no era hombre que pudiera consumir su vida sin afectos. Una mujer, cien mujeres le amarían, le adorarían... ¡Pero él no amaría más que una, una sola, él, tan noble y tan amante.

Y fijándose á su pesar en este pensamiento, ella veía una mujer entre sus brazos, una española orgullosa y bella, una patricia vestida de raso y radiante de joyas rodeando su cuello, en espléndido salon de mármoles y espejos; y volvía á verla junto á él, altanera y feliz, en rica

carroza tirada por hermosos caballos, subir por la Rambla de Barcelona, y abandonada sobre sus rodillas bajo la verde cubierta de dorada barca á lo largo de la corriente del Ebro, la cara encendida, palpitante y loca de amor, y entregándose á aquel desvarío fulgurante y doloroso y volviendo la mirada alrededor de su casita, donde todo denunciaba la pobreza de su estado y la humildad de su nacimiento, que eran tal vez la única razon por la que se le negaba una felicidad inmensa, experimentaba dolor agudo, angustioso abatimiento, piedad infinita de sí misma, que la obligaban á abandonar la frente sobre el respaldo de la silla, exclamando:

—¡No, no; no basta la patria!—Y movía desoladamente la cabeza, llorando sin lágrimas, como una criatura desesperada.

Pero despues, vuelta violentamente á la realidad por repentino grito de su orgullo, púsose en pié, se pasó la mano por la frente y se dijo á sí misma:

—He soñado. No pensemos más. ¡Valor!

Y desde aquel momento se entregó por entero á su primer pasion y se puso á hablar con nuevo y más ardiente entusiasmo á Benavides de su Príncipe adorado, esforzándose en demostrar gran-

de alegrías, pero quedó sorprendida en alto grado y por extremo afligida, al ver que el catalan no contestaba como antes y parecía harto y cansado de aquellas conversaciones.

—¿Todavía Manuel Filiberto?—la preguntó una noche, casi en tono irritado.

Y ella dijo para sí, cuando hubo salido:

—Se aburre. Su pensamiento y su corazón están lejos. Se ha separado ya de nosotros. Todo ha terminado. ¡Adios!

\*  
\*  
\*

Llegó, finalmente, aquel suspiradísimo primero de año. Salido de Turin con su gran cortejo el 31 de Diciembre, el Duque debía pernoctar en Vigone y entrar en Pinerolo el 1.º de Enero, antes de medio día.

Al abrir las ventanas por la mañana muy temprano, Evelina lanzó una exclamación de dolor y despecho: la plaza San Donato, los techos, los salientes de las casas, todo estaba blanco y nevaba todavía, aunque poco. Pero el aire era benigno: la ciudad bullía en rumores alegres. El consejo, la milicia, todos los personajes del recibimiento y una gran muchedumbre, habían ya salido de Puerta Turin.

La plaza San Donato se llenaba de gente poco á poco; las ventanas se iban cubriendo de tapices y guirnaldas de hojas y flores. El trayecto más triunfal de la entrada del príncipe debía ser ciertamente allí, ante la vieja iglesia del Santo

protector de Pinerolo, en el corazón de la ciudad antigua.

En pocos instantes, la muchacha quitó la nieve del antepecho, extendió con mano un poco trémula la hermosa colgadura azul, ordenó sobre un velador las cuatro grandes coronas de laurel. después fué á prenderse su bella manteleta de paño oscuro, sin mangas, que la cubría la nuca con ancho cuello derecho y se puso un ramo de siemprevivas en los cabellos.

Poco después apareció el notario, perfectamente afeitado y con un par de medias muy estiradas, que dibujaban perfectamente sus piernas musculosas de alpino. Muchos parientes invitados, debían llegar de un momento á otro.

En todas las ventanas de las casas de enfrente, aparecían y desaparecían caras de señoras, de hombres y de muchachos, sobreescitados y enrojecidos por el frío; cada familia tenía en casa una multitud de parientes y amigos. Sobre las puertas, bajo los balcones, en los alféizares, en todas las alturas se veían escudos de Saboya rematados por coronas, condos, caballos y otros tantos leones: inscripciones, cuadros con la divisa elegida por Manuel Filiberto joven-cito: un brazo desnudo que empuñaba una espada, con la palabra *Spoliatis arma supernat*; otras divisas su-

yas de tiempos posteriores: el elefante en medio del ganado de ovejas, *Infestus infestis*; un gran cartelón con la inscripción, *Pugnando restituit rem*; una corona cívica con la leyenda *Instar omnium*. Otros habían expuesto en medio de ramos de mirto y de ciprés, el escudo de Margarita de Valois, las tres flores de lis en campo azul y ciertas figuras simbólicas predilectas de ella, como dos serpientes enroscándose á un ramo de oliva, con palabras sabias y piadosas que todos sabían.

La muchedumbre que había ido aumentando, llenaba á la sazón toda la plaza, y las vecinas calles de la Catedral, cuerpo de guardia y minarete. Un cañonazo debía anunciar la aparición del Duque en Belvedere; desde allí llegaría en tres cuartos de hora á Puerta Turin.

Una oleada de tías y primas había invadido la casa del notario. Además del balcón, las ventanas estaban llenas: una de ellas fué asignada á los muchachos; desde todas se veía oblicuamente el punto en que el cortejo debía aparecer y aquel por donde debía marcharse. Un rumor confuso y creciente se esparcía por el aire. La muchedumbre, abierta á duras penas por dos filas de arcabuceros, volvían á unirse. Eran ciudadanos de Pinerolo, habitantes de las aldeas, gente venida desde Perosa, Cavour y Saluzzo, montañeses

descendidos de los Alpes envueltos en amplias capas, con la barretina negra bajo el viejo sombrero de ancha cinta, empuñando gruesos bastones, y alpinas envueltas en chaquetones masculinos, conduciendo niños de la mano.

Tenían todos ante su mente una sola imagen, aquella figura casi fabulosa de Manuel Filiberto, que nadie había visto jamás, de quien todos hablaban hacía tantos años, y que cada cual se representaba á su modo, gigantesco, temible, sonriente como un padre, soberbio como un Dios, cubierto de oro, cargado de hierro, fantásticamente vestido y armado.

Palpitaban los corazones con la fiebre de la expectación; y palpitaba más que todos el de Evelina. Pero había un pensamiento que casi la aterrorizaba: la sospecha de que Benavides no viniese. Debía partir á la mañana siguiente. Ella hubiera dado toda su sangre por verle todavía otra vez.

De improviso un campanillazo la hizo temblar de piés á cabeza. La muchedumbre de invitados, dejó paso inclinándose ante Benavides que se acercaba, grave y elegantísimo, con una arruga recta sobre la frente. Evelina palideció: ¡era la última vez que le veía!

Pero hizo un rápido y violento esfuerzo para entre-

garse de nuevo con toda el alma á la alegría de esperar á su Príncipe, y se venció. Con rostro encendido, ojos centelleantes y mano febril, iba y venía arreglando las coronas, contando los minutos, apostrofando á unos y á otros con voz conmovida: estaba hermosa, magnífica.

—¡Debes ser feliz, Evelina!—le dijeron las primas admirándola y colocándose á su alrededor con todos los demás.

Y entonces ella, se sintió levantada de tierra por soplo irresistible de entusiasmo, y fundiendo en pocas palabras de fuego y en el lenguaje de una sola pasión toda la fuerza de las dos pasiones que la devoraban, respondió:

—¡Sí, soy feliz, porque este día ha sido el sueño de mi infancia y de mi juventud! ¡Porque hubiera muerto por experimentar este gozo! ¡Dios mío! ¡Nos ha restituido la patria y el honor; es el más valiente y el más noble Príncipe que jamás empuñó espada el que esperamos! ¡Es Manuel Filiberto, grande, noble, glorioso! ¡Es nuestro soberano, nuestro libertador, nuestro....

Un cañonazo sofocó la palabra en su boca y la obligó á buscar el respaldo de la silla: Manuel Filiberto estaba en Belvedere.

\*  
\* \*

Todos corrieron á las ventanas para ver el efecto que aquel anuncio producía en la muchedumbre. Benavides permaneció apartado. Había escuchado las palabras y visto la acción de Evelina. Tenía la mente nublada y revuelta la sangre.

Era una de aquellas poderosas y cerradas naturalezas catalanas en que la pasión arde por mucho tiempo oculta, como larguísima mecha, y después estalla repentinamente como una mina.

La palidez de la muchacha á su llegada, junto á otras ligerísimas manifestaciones que iba buscando en su memoria y meditando hacía algunos días, le habían quitado desde luego toda duda sobre una verdad, que él deseaba ahora impetuosamente. Pero aquella conmoción extraordinaria, aquella exaltación casi delirante por el Duque de Saboya, le turbaba, le sobresaltaba, despertando en su alma la sospecha de que todos los indicios de una segunda pasión que había creído descubrir en ella, no fuesen en rigor

más que indicios mal comprendidos de la primera.

El sabía que aquellas entusiastas admiraciones por un príncipe glorioso crecían algunas veces hasta el más ardiente amor en el alma de las muchachas. Este pensamiento le hacía subir oleadas de fuego hasta el cerebro.

Sentía él en su corazón y en su cabeza, una de aquellas oscuras tempestades de sentimientos y de ideas que preceden á las grandes resoluciones de la vida. Seguía con ojos fijos todos los pasos y todas las actitudes de Evelina. No le había parecido nunca, y nunca había estado, en efecto, tan ardientemente bella y viva y exuberante de juventud, de ternura, de fuerza, de gracia, desde sus grandes trenzas de oro, extendidas por el largo talle flexible, hasta sus pequeños pies que se contraían y temblaban como manos.

Cada movimiento suyo, cada sonido de su voz, hacían saltar de su corazón un diluvio de palabras apasionadas, humildes, dulces, imperiosas, que le hubieran sofocado si las hubiera dejado llegar á los labios. La miraba, la seguía y la veía confusamente á larguísima distancia en una sala espléndida de mármoles y espejos de su casa de Gerona, estrechada contra su pecho y enlazados los brazos á su cuello;

después, sentada junto á él, activa y feliz, en rico coche tirado por soberbios caballos por la Rambla de Barcelona; y luego, abandonada sobre sus rodillas, bajo la tienda encarnada de dorada barca á lo largo de la ribera del Ebro, pálida y lánguida de amor.

La amaba, la quería, le hubiera clavado la boca sobre el corazón para chupar y transfundir en la propia, su alma hermosa.

No acertaba á comprender cómo había podido dejar de cuidarse de ella por tanto tiempo, cómo había dejado crecer en ella, fomentándolo, aquel entusiasmo ardiente por el Duque, en vez de ponerse pronto en medio, de separarla de su ídolo, de hacerse amar, de decirla brutalmente que quería ser amado. Y ahora le invadía el deseo de ganar el tiempo perdido, de conquistarla ántes de la llegada del Príncipe, de arrojar del alma á su rival con una palabra rápida, atraerla á un lado y encenderle el rostro con un beso.

¡Ah! ¡Sin duda era tarde!

\*  
\* \*

En tanto, abajo, en la plaza, aumentaba la animación; las voces crecían, la muchedumbre ondeaba. En cada ventana aparecían cinco, siete, ocho caras, unas sobre otras: había gente hasta en el techo de la iglesia, sobre los aleros de las casas; parecía que los edificios vivían, hablaban y en todas las calles afluentes, circulaban negros ríos humanos.

El notario iba y venía por las habitaciones, como fuera de sí de gozo dando palmaditas en los hombros á unos y á otros, gritando:

—¡Padre de la patria!... ¡Padre de la patria, es preciso llamar á nuestro grande, á nuestro gloriosísimo Duque Manuel Filiberto! *Pater patriae* ¡Padre-de-la-patria!—Y por la alegría de su descubrimiento quería golpear, como de costumbre, sobre la *Cabeza de Hierro* del sobrino; pero abandonó su idea, al ver que también él, aquel bestia, parecía al fin conmovido.



Las campanas llenaban el aire de sonidos continuos y ensordecedores: la poderosa voz de la muchedumbre, penetraba resonando en todos los ángulos de las casas. De improviso se aplacó el rumor y corrió una noticia: el cortejo había llegado á la Puerta de Turin. Todos se abanzaron á las ventanas. Evelina, en medio de su padre y de su madre, en el balcon; Benavides detrás; los otros apiñados contra la pared.

Trascurrieron otros pocos minutos. Todas las miradas se dirigian hácia el fondo de la calle de la Catedral. Evelina sentía saltar su corazón hasta la garganta.

En la plaza reinaba el silencio.

Oyose un sonido extraño, murmullo armonioso como de argentinas voces que cantasen por lo bajo una música triste y alegre al mismo tiempo; el murmullo se pronunciaba, acercándose; y una oleada de niños, doscientos muchachos compuestos y acicalados, cada cual con su bandera en la mano, llenaron la calle, compactos y serios, blancos por la nieve, cantando, acompañados por la muchedumbre con ancho susurro de palabras alegres y acariciadoras. Detrás de ellos venía como un bosque de lanzas: la guardia ducal de á caballo, con férreas armaduras y continente grave, con los cascos sal-

picados de blancos copos, y saludada por la muchedumbre con una explosion de gritos.

Inmóvil como estatua, con todo el cuerpo fuera de la baranda, Evelina esperó todavía un momento con los ojos fijos en el fondo de la calle. Después, tembló y lanzó un grito.

Era él.

En medio de la blancura de la nieve, bajo un alto pálio de seda negra, sostenido por seis Señores vestidos de luto, y seguido de gran cortejo, venía hácia adelante lentamente, inmóvil sobre enorme caballo blanco, con gualdrapas negras, un caballero palido, hermoso, impasible como un simulacro, enlutado desde las curvas plumas del birrete hasta los anchos calzones á la flamenca, vestido con cotilla de terciopelo, sobre la cual brillaba el collar de la Anunziata en medio de los pliegues de amplia capa oscura, por bajo la cual asomaba la retorcida y plateada vaina de su espada; una figura noble y poderosa de guerrero y de pensador, sencilla y magnífica á un tiempo mismo, llena de gran majestad é inmensa tristeza, que no era, pero parecía colosal; que reunía, no sé qué delicado y algo terrible, y que avanzando sin ruido sobre la blanca alfombra de la plaza, difundía á su alrededor un sentimiento de estupor y de